

j.e. Lage.

Tengo un aniversario cerrado. Hace diez años que salí del Servicio Militar. Hace diez años, en 1998, yo estaba en Villa Marista, Ministerio del Interior, haciéndome una primeriza idea de lo que significa "Seguridad del Estado".

No tengo mucho que contar, lo siento. Fragmentos y detalles y pequeñas resistencias. Lo que podía haber en los hechos se me revelaba entonces de otro modo, eran otras las urgencias y las valoraciones. Yo era más joven y, en palabras de Baquero, no sabía escribir y era un inocente. (Sigo sin saber escribir y sigo siendo un inocente.) Tengo imágenes de un tour, una visita a las celdas vacías: unas parecían cuartos de hotel de categoría modesta –aunque inaccesible para algunos–, mientras que otras sencillamente eran huecos infernales. Tengo imágenes de la visita del Papa –el tour del Papa– en el televisor de la guarnición; los reclutas estábamos acuartelados y en las guardias nocturnas las ametralladoras AKM habían sido sustituidas por pistolas. Tengo imágenes nitidas de la posta donde hice mi última guardia: 9 pm – 1 am en la misma esquina de Goicurúa y San Miguel donde, según la leyenda local, un recluta se había dado de baja de un balazo. Problemas personales, según se contaba. Nada más.

Una vez, en aquel arduo 98, fui llevado junto con otros reclutas a un apartamento ubicado nunca supe dónde (durante un tiempo mi mapa de La Habana incluía Vedado y Nuevo Vedado solamente). Se trataba de llenar la cama de un camión con una serie de efectos electrodomésticos que llenaban una casa. Bajé y subí por una escalera cargando cajas y cosas. Recuerdo un televisor; recuerdo muchos videocasetes. No sé cómo, la palabra "decomiso" fue surgiendo en el ambiente. No se nos dijo nada, nada más allá de carguen con esto y con lo otro, pero inmediatamente supimos que estábamos "decomisando". Confieso que experimenté una especie de euforia malsana. Sí, debo haber pensado que estaba con los buenos, pero tal vez no era ese el motivo. Era que allí estaba pasando algo que tenía que ver con la vida real, un suceso que ponía en perspectiva toda mi experiencia distraída en Villa Marista. Era como si todos los meses de Servicio Militar se hubieran planeado –las agencias secretas del destino– para que se intercalara ese evento, para que yo pudiera presenciarlo.

Pero yo no lo sabía. En aquel momento sólo fue otra anécdota para contar a otros mientras yo contaba los días que faltaban para mi baja del MININT y para el siguiente paso: mi ingreso a la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

En el 98 inicié una precipitada carrera universitaria de la cual conservo, diez años después, cierta manía, cierta debilidad por los mapas metabólicos.

Si en ocasiones es difícil orientarse en lo que hay, las rutas y las sustancias conocidas, más difícil resulta orientarse en lo que *no* es todavía pero de alguna manera ya está ahí. Latente o latiendo. En los últimos meses, mientras yo he estado ocupado leyendo a Rubem Fonseca, haciendo revistas (esta es una de ellas), leyendo a Dos Passos, viendo teleseries descargadas en computadoras ajenas, leyendo a Joseph Conrad, siguiendo partidos transnacionales de fútbol, leyendo a Scott Adams, dando los últimos toques a una novela impublicable y leyendo demasiados blogs, en los últimos meses, repito, el tema más persistente a mi alrededor ha sido el de los Cambios. Todo el mundo está hablando (o peor, escribiendo) acerca de los Cambios. Todo el mundo predice o espera determinados Cambios. El optimismo es aterrador y la ingenuidad ha demostrado no tener límites. Por ahora yo he intentado limitarme, en los días más inspirados, a buscar en la televisión y en el simulacro de prensa los pequeños desvíos, las mínimas variaciones de concepto y de lenguaje. Es, por supuesto, una tarea agotadora e improductiva. Quiero pensar que es un buen entrenamiento.

¿Y a partir de ahora qué? Si contásemos diez años de aquí en adelante, ¿qué nos encontraremos al final del conteo?, ¿cuántas cosas *no* habrán pasado? Lo único que se me ocurre especular ahora es que yo seré más viejo y, en palabras de Kozer, Cuba seguirá dando vueltas alrededor de sí misma.

A propósito de las vueltas, hay una sensación de mareo que nunca llega ni a la náusea ni al vértigo: simplemente permanece enquistada en la cabeza como una masa benigna. Es la sensación que me ha acompañado, también, en los últimos meses.

Y pasará el tiempo.

Las consecuencias son imprevisibles.
(continuará...)